

YORU SUMINO

Quiero comerme tu páncreas



YORU SUMINO

*Quiero comerme
tu páncreas*

Cero

El día del funeral de Sakura Yamauchi está gris y nublado, algo que no condice en absoluto con la personalidad de la muchacha que fue mi compañera de clase.

Imagino que habrá muchísimas personas que lloran en su funeral. El número de personas y las lágrimas son testimonio de que su vida significó algo; sin embargo, yo no estoy entre esas personas. Tampoco asistí a su velatorio anoche. Me quedé en casa todo el tiempo.

Solo una compañera de clase podría haberme obligado a asistir; supongo que tengo suerte, ya que ella ya no pertenece a este mundo. Ni mis profesores ni los padres de ella tienen la autoridad ni la obligación personal para pedirme que acuda. Pude tomar mi propia decisión y atenerme a ella.

Como todavía estoy en secundaria estoy obligado a ir a clases, aunque nadie me lo pida. Pero ella murió durante el receso escolar y no quedó nada que me obligara a salir con este lúgubre clima.

Es de mañana y saludo a mis padres que se marchan a sus trabajos. Improviso un almuerzo antes de encerrarme en mi habitación. Si creen que me aíso para escaparme de la tristeza o del vacío provocado por la pérdida, están equivocados.

Siempre fui de esos que se encierran en su cuarto, a menos que tuviera que ir a la escuela o que mi antigua compañera de clase me arrastrara al mundo.

Cuando estoy en mi habitación suelo leer libros. No me gustan los educativos o de autoayuda; las novelas son mi escapatoria preferida. Me gusta tenderme en la cama con la cabeza apoyada sobre mi almohada blanca y leer mis libros. Los de tapa dura son demasiado pesados; prefiero los de bolsillo.

El que estoy leyendo ahora es el que ella me prestó: el único libro que ella atesoraba, ya que no era una lectora muy ávida. Estuvo guardado en mi biblioteca durante un tiempo. Tenía la intención de leerlo y devolvérselo antes de que ella falleciera, pero no llegué a tiempo.

Ahora no puedo cambiar eso. Imagino que le devolveré el libro a su familia cuando lo termine. Hasta entonces postergaré mi visita para presentarles mis respetos a ella y a su familia.

Cuando termino el libro, ya es de noche. En algún momento cerré las cortinas y encendí la luz fluorescente del techo para poder seguir viendo. Suena mi teléfono, y solo entonces me doy cuenta del paso del tiempo.

La llamada no es importante: solo es mi madre. La ignoro. Llama una segunda vez y vuelvo a ignorarla. La tercera vez, supongo que la llamada tiene relación con la cena, así que abro el teléfono y lo apoyo en mi oreja. Quiere que tenga listo el arroz antes de que ella llegue a casa. Le respondo que lo haré y corto.

Antes de apoyar el teléfono sobre mi escritorio, me doy cuenta de algo: apenas toqué el dispositivo durante dos días. No creo haberlo evitado adrede; solo que no se me ocurrió levantarlo. Si esto contiene algún significado más profundo, no lo sé.

Abro el teléfono plegable; busco entre los mensajes de texto, luego en la carpeta de mensajes recibidos: cero mensajes sin leer. No puedo decir que me sorprenda. Luego miro en la carpeta de enviados. Aparte de las llamadas, veo pruebas de la última vez que usé el dispositivo.

Un mensaje de texto que le envié a la muchacha que fue mi compañera de clase.

Solo una oración.

No sé si ella llegó a leerlo.

Pienso en ir a la cocina, pero vuelvo a desplomarme en la cama. Solo puedo pensar en el mensaje que le envié.

¿Llegó a ver mi mensaje?

Quiero comerme tu páncreas.

Si lo vio, ¿cómo reaccionó?

Me quedo dormido, intentando aún encontrar una respuesta.

El arroz no se hace hasta que mi mamá llega a casa.

No estoy seguro, pero creo que, entre sueños, me encuentro con la muchacha.

Uno

—Quiero comerme tu páncreas —dijo ella.

Oí el comentario incongruente mientras organizaba los libros en las pilas polvorientas de la biblioteca de la escuela; era mi responsabilidad como asistente de la bibliotecaria.

Pensé en ignorarla, pero ella y yo éramos las únicas personas en el salón y, sin duda, el comentario tenía la intención de provocar una curiosidad perversa. Es decir, me estaba hablando a mí.

Como no tenía otra opción, respondí sin darme vuelta. Si ella estaba haciendo su trabajo debía estar dándome la espalda.

—¿De pronto te diste cuenta de que eres caníbal? —dije.

Ella inspiró profundamente, tosió un poco debido al polvo y explicó con cierto orgullo:

—Anoche vi un programa por televisión. En la antigüedad, cuando alguien tenía un problema en una parte del cuerpo, comía esa parte de algún animal.

Seguí sin mirarla.

—¿Y?

—Si tenían problemas en el hígado, comían hígado; si era en el estómago, comían estómago. Supongo que creían

que eso los curaría. Entonces, quiero comerme tu páncreas.

—¿Mi páncreas?

—No veo el páncreas de ninguna otra persona por aquí —respondió con una risita.

Oí el ruido de libros de tapa dura siendo ordenados sobre un estante; así que ella seguía trabajando y no se había detenido para mirarme.

Respondí:

—Preferiría que no pusieras toda la presión de salvarte la vida sobre una víscera diminuta de mi cuerpo.

—Tienes razón. Con todo ese estrés podrías perder el estómago también.

—Ve a buscar otra persona, entonces.

—¿Como quién? No me gusta la idea de comerme a mi propia familia.

Volvió a lanzar una risita. Yo no. Me tomaba mi trabajo con mucha seriedad. Ojalá ella aprendiera de mi ejemplo.

Ella continuó:

—Por eso eres el único a quien se lo puedo pedir, [Compañero de clase que conoce mi secreto]-kun.

—Y en esa hipótesis que te imaginas, ¿no crees que voy a necesitar mi páncreas para mi propio uso?

—Ni siquiera sabes qué función cumple el páncreas —afirmó con tono burlón.

—Claro que sí.

Y lo sabía. Por supuesto, no siempre lo había sabido; había tenido que investigar. No habría tenido motivo para hacerlo de no haber sido por ella.

Mi respuesta la alegró y se volvió hacia mí. Me di cuenta por el sonido de su respiración y el movimiento de sus pies.

Giré solo la cabeza y la miré rápidamente. Tenía una expresión de tanta felicidad, su rostro plagado de gotas de sudor. Costaba creer que pronto estaría muerta.

No era la única que transpiraba. Era el mes de julio, el calentamiento global arreciaba y al aire acondicionado le costaba llegar hasta la sala de archivo.

Ella dijo con regocijo:

—No me digas que lo buscaste.

Pude haber tratado de evadir la respuesta, pero ella estaba demasiado entusiasmada como para olvidar el tema. Era mejor terminar de una vez.

—El páncreas regula la digestión y el metabolismo —declaré—. Por ejemplo, secreta insulina, que convierte el azúcar en energía utilizable. Sin el páncreas, la gente no puede crear energía y se muere. Lo lamento, pero no puedo ofrecerte mi páncreas en bandeja.

Mientras volvía a concentrarme en mi trabajo, ella se rio a carcajadas. Imaginé que mi pequeña ocurrencia había salido mejor de lo que esperaba, pero ese no era el motivo de su risa.

—¡Qué te parece! —exclamó—. Después de todo estás interesado en mí, ¿verdad?

Demoré un momento en pensar en una respuesta, y luego repliqué:

—Una compañera de clase que se muere de una enfermedad grave siempre va a ser algo interesante.

—No, quiero decir en *mí*, como persona.

Hice una pausa.

—¿Quién puede saberlo?

—¡Ay, vamos! —dijo, volviéndose a reír. El calor debía de haberla aturrido y no pensaba con claridad. Me preocupé por su enfermedad.

Seguí trabajando en silencio hasta que la bibliotecaria vino a buscarnos.

Era hora de cerrar la biblioteca de la escuela por ese día. Deslicé un libro fuera de su estante para marcar mi posición, y luego miré a mi alrededor para asegurarme de no olvidar ninguna de mis pertenencias. Nos alejamos de los sofocantes archivos y nos dirigimos al salón principal de la biblioteca, donde el aire fresco acarició mi piel sudorosa y provocó un escalofrío.

—¡Se está tan bien aquí! —declaró mi compañera de clase mientras que, con una pirueta, iba detrás del mostrador de circulación. Sacó una toalla de su bolso y se secó el rostro. La seguí, pero a paso más lento y sin la pirueta, y también me sequé.

—Hicieron un buen trabajo hoy —observó la bibliotecaria, una mujer de unos cuarenta años—. Pueden quedarse y descansar un poco si quieren. Sírvanse, les prepararé té y dulces.

—¡Vaya, gracias! —exclamó la muchacha.

—Le agradezco —dije.

Bebí un sorbo del té de cebada frío y miré hacia la biblioteca. Todos los demás alumnos se habían retirado.

Mi compañera de clase mordió un bollo dulce y declaró: —Este *manjuu* es delicioso.

Tenía la costumbre de reaccionar ante cualquier cosa positiva que la rodeara.

Ya había tomado una silla detrás del mostrador. Tomé un pastel y alejé un poco la otra silla antes de sentarme.

—Lamento quitarles tiempo de estudio —manifestó la bibliotecaria—. Sé que los exámenes son la semana próxima.

—No se preocupe por eso —respondió la muchacha—.

Siempre nos va bien, somos un término medio. ¿No es así, [Compañero de clase que conoce mi secreto]-kun?

—Claro —respondí evasivamente—. Siempre y cuando preste atención en clase, me va bien. —Mordí el *manjuu*. Realmente estaba delicioso.

La bibliotecaria quiso saber:

—¿Has pensado que harás en la universidad, Yamau-chi-san?

—Todavía no —respondió ella—. O quizá no tenga necesidad.

—¿Y tú, [Alumno educado]-kun?

—Yo tampoco —respondí.

Mientras tomaba un segundo *manjuu*, la muchacha protestó:

—No es posible, [Compañero de clase que conoce mi secreto]-kun. Debes pensar en el futuro.

Ignoré la intromisión y bebí otro sorbo de té. La bebida comprada en la tienda tenía buen gusto, de una marca conocida.

La bibliotecaria dijo:

—Los dos tienen que pensar en su futuro. Si no prestan atención, llegarán a mi edad antes de que se den cuenta.

La chica me miró y luego rio amablemente antes de decir:

—Ah, eso no sucederá. —Ambas se echaron a reír, pero yo no. Mordí otro bocado de mi pastel y lo acompañé con el té de cebada.

Mi compañera de clase tenía razón. Eso no iba a suceder.

Jamás iba a alcanzar la edad de la bibliotecaria, y solo ella y yo lo sabíamos. Mi compañera solo me había mirado, pero me pareció un gesto tan sutil como el guiño desde el escenario de alguna actriz de Hollywood contando un chiste.

Solo para que quede claro, no dejé de reírme porque su broma fuera demasiado riesgosa. Más bien me irritó su expresión de satisfacción consigo misma, como si dijera: *Vean qué gracioso lo que digo.*

Sakura devolvió mi huraña falta de reacción con una mirada de enojo y frustración, y la mantuvo hasta que por fin esboqué una débil sonrisa.

Nos quedamos sentados en la biblioteca cerrada durante media hora antes de decidir volver a casa.

Eran apenas pasadas las seis de la tarde cuando llegamos a la zona de los armarios de los zapatos en la entrada de la escuela, pero el sol todavía era intenso. Del otro lado de la entrada abierta se oían las voces plenas de energía de los alumnos que practicaban después de la clase de deportes.

—Hoy sí que hacía calor en la biblioteca —observó la muchacha.

—Sí —respondí.

—Espero que no haga tanto calor mañana. Por lo menos, después llegará el fin de semana.

—Sí —respondí.

—¿Me estás escuchando? —quiso saber.

—Sí, te estoy escuchando.

Cambié mis zapatillas de interior por mi calzado de exterior y salí. Frente a la entrada principal del edificio había un pequeño patio y la puerta principal y, del otro lado de la escuela, estaba el campo de deportes. A medida que caminaba, las voces de los jugadores de béisbol y rugby se apagaban gradualmente.

Mi compañera de clase me alcanzó apurando el paso y me preguntó:

—¿Nadie te enseñó a escuchar cuando otra persona está hablando?

—Claro que sí. Dije que te estaba escuchando.

—Muy bien entonces, ¿de qué estaba hablando?

Pensé un momento y respondí:

—Del *manjuu*.

Con el tono de reprimenda alegre de una maestra de primaria señaló:

—¡No estabas escuchando! No debes mentir.

Yo era bajo de estatura para un chico de mi edad y ella era alta para ser mujer, así que teníamos casi la misma altura. Era agradable que alguien un poquito más bajo que yo me reprendiera.

—Perdón —dije— estaba pensando en algo.

—¿Sí?

Su ceño desapareció, como si nunca hubiera existido. Ella se inclinó y me miró con enorme interés. Apuré el paso para poner un poco de distancia, luego sacudí la cabeza y declaré:

—Sí, es algo que vengo pensando desde hace un tiempo. Y con seriedad.

—¡Guau! Bueno, desembucha.

—Estuve pensando en ti.

Tuve cuidado de no convertirlo en una escena dramática. No dejé de caminar ni la miré, intenté expresarlo de la manera más despreocupada posible. Sabía que, si se lo tomaba demasiado en serio, iba a ponerse pesada.

Pero ponerse pesada era su forma de ser y su reacción echó por tierra todas mis cuidadosas maniobras.

—¿En mí? —dijo, sin aliento—. ¿Es lo que creo que es? ¿Vas a confesarme tu amor? ¡Me haces avergonzar!

Esperé hasta que terminara de hablar y luego respondí:

—No es en ese sentido.

—Te estoy escuchando.

Sin perder mi tono totalmente despreocupado, pregunté:

—¿Realmente te parece bien que pases el poco tiempo que te queda organizando libros en la biblioteca de la escuela?

Ella ladeó la cabeza, confundida.

—Pues, sí, es evidente que sí. ¿Por qué no habría de estar bien?

—No creo que tenga nada de evidente.

—¿No? —preguntó—. ¿Y qué sugieres que debería estar haciendo?

—¿No tienes unas cuantas cosas que quieras hacer? ¿Como reunirte con tu primer amor o quizá hacer dedo en países extranjeros hasta encontrar un lugar donde pasar tus últimos días?

Esta vez ella inclinó la cabeza en dirección opuesta. Murmuró su desacuerdo y respondió:

—Entiendo lo que dices, pero... Te explico: tú también tienes cosas que quieres hacer antes de morir, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Y, sin embargo, no las haces. Cualquiera de los dos podría morirse mañana. Es lo mismo para ti que para mí. Cada día tiene el mismo valor que otro. Lo que haya hecho o dejado de hacer hoy no cambia su valor. Hoy me divertí.

Pensé un momento, y luego hablé:

—De acuerdo.

Tenía razón. Por más que no quisiera darle la razón, descubrí que en su argumento había algo de verdad.

De la misma forma en que ella moriría pronto, yo también moriría. No podía saber cuándo, pero era una certeza. Era absolutamente posible que yo muriera antes que ella.

El hecho de verse obligada a enfrentar su propia mortalidad le había otorgado una extraordinaria percepción. Mi opinión sobre la muchacha que caminaba a mi lado cambió un poco.

No es que a ella le importara lo que yo pensara de ella. Ella le caía bien a demasiadas personas como para que le importara qué opinaba alguien como yo.

En ese momento, un chico con uniforme de fútbol llegó corriendo desde la entrada principal. Apenas la vio, su rostro se iluminó.

Sakura lo vio e hizo un gesto con la mano, diciendo:

—¡A ganar!

—Nos vemos, Sakura —respondió él.

Pasó corriendo junto a nosotros con una sonrisa despreocupada y paso lento y confiado. Estaba en nuestra clase, pero a mí ni siquiera me miró.

—Qué imbécil —dijo mi compañera—. Te ignoró, [Compañero de clase que conoce mi secreto]-kun. ¡Mañana tendré que enseñarle buenos modales!

—No es necesario. De verdad, no lo hagas. No me molesta.

De verdad no me molestaba. Por supuesto, el trato de nuestros compañeros de clase hacia ella o hacia mí era muy diferente, ya que no podíamos ser más dispares. Nada cambiaría eso.

—Es por esa actitud que no tienes amigos —declaró ella.

—Es solo la verdad. No pierdas el tiempo.

—¿Ves? —dijo con un suspiro—, a eso me refiero exactamente.

Habíamos llegado a la entrada principal. Mi casa y la de ella quedaban en direcciones opuestas; aquí nos separábamos siempre. Deseé que no tuviéramos que hacerlo.

—Hasta luego —saludé. No iba a arrepentirme ahora. Estaba a punto de alejarme cuando ella me detuvo diciendo:

—Escucha. Con respecto a lo que dijiste...

Había una expresión de satisfacción en su rostro, con una sonrisa traviesa que significaba que quizá había pensado en alguna forma de fastidiarme. No sé cómo sería mi cara, pero estoy seguro de que no expresaba satisfacción.

—Supongo que, ya que insistes tanto en ayudarme a pasar el tiempo que me queda más sabiamente, podría permírtelo.

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a hacer algo el domingo?

—Discúlpame —respondí—. Tengo una cita con una muchacha. Es muy bonita, pero si no salgo con ella se pone histérica y todo se convierte en un problema.

—Estás mintiendo, ¿verdad?

—Y si miento, ¿qué?

—Entonces está decidido —declaró—. Nos encontraremos frente a la estación de tren el domingo a las once de la mañana. Lo anotaré en mi diario, así que será mejor que vengas.

Sin mostrar preocupación ni esperar mi consentimiento, se despidió con la mano y empezó a caminar hacia su casa. Delante de ella, el cielo de verano anaranjado y rosado nos cobijaba y empezaba a tornarse azul ultramarino.

Sin saludar con la mano, volví la espalda y comencé a caminar. Mientras emprendía el habitual camino a casa, las bulliciosas conversaciones y risas de la escuela se fueron apagando y el color azul profundo poco a poco inundó el resto del cielo. Vi las mismas calles que veía siempre y ella vio las

mismas calles que veía siempre, pero tuve la sensación de que las veíamos de una forma completamente diferente.

Yo transitaría este mismo camino hasta que me graduara en la escuela secundaria.

¿Cuántas veces más transitaría ella su camino?

Entonces recordé lo que ella había dicho. No podía saber con exactitud cuántas veces más yo andaría por mi camino. No debería ver mi camino distinto del de ella.

Apoyé un dedo en mi cuello para asegurarme de que seguía vivo. Di un paso con cada pulsación de mi corazón y mi humor se agrió ante la forzosa revelación sobre el carácter pasajero y frágil de mi vida.

Sopló una fresca brisa nocturna que me distrajo del hilo de mis pensamientos. Decidí pensar en algo más positivo: resolver si el domingo saldría o no de mi casa.